

## *Latet anguis in herba* (Virg., *BUC.* 3, 93) vehículo para la expresión del desengaño barroco

### 1. *La interpretación de latet anguis in herba en los comentarios*

En la segunda parte de la *Egloga* 3 de Virgilio, que constituye un canto amebico en el que rivalizan poéticamente los pastores Dametas y Menalcas, encontramos las siguientes palabras de Dametas (vv. 92-93):

*Qui legitis flores et humi nascentia fraga,  
frigidus, o pueri, fugite hinc, latet anguis in herba.*

Estas palabras de Dametas constituyen una admonición, mediante la que se aconseja al pastor que se ponga en guardia contra las serpientes, las cuales, agazapadas, entrañan un serio peligro para el desarrollo de las labores relacionadas con el pastoreo. De hecho, estos versos se inscriben en una parte de la composición en la que se describen los peligros que corren los pastores, peligros que se derivan de la naturaleza misma, no de agentes exteriores a ella<sup>1</sup>.

Sin embargo, esta composición está llena de elementos simbólicos<sup>2</sup> y presenta un carácter misterioso, merced a la inclusión, en los cuatro últimos versos de la composición, de dos enigmas, a cuya resolución se han dedicado una gran cantidad de virgilianistas. Dado el contexto en que se inscriben estos versos, no es extraño que se les haya rodeado de un halo misterioso y que los diversos comentaristas se hayan formulado la siguiente pregunta: ¿a qué se

1 Cf. K. Büchner, *Virgilio*, Brescia 1963, 223 y M. C. J. Putman, *Virgil's pastoral art. Studies in the «Eclogues»*, Princeton 1970, 131.

2 Cf. J. Veremans, *Éléments symboliques dans la III-Bucolique de Virgile*, Bruxelles 1969.

refiere Virgilio cuando menciona, en boca de Dametas, esa serpiente que, insidiosa, se oculta en la hierba? Varias han sido las respuestas que se han dado.

Los primeros comentaristas, para los que las *Bucólicas* se componen *ad maiorem Augusti gloriam*, identifican esa serpiente con el *impius miles*, que supone una amenaza para la vida campestre (representada por la *herba*), amenaza de la que Virgilio se libró por mor de su amistad con el emperador. Así se expresa Servio:

LATET ANGUIS IN HERBA *allegoria est: nam videtur hoc ad Mantuanos dicere, qui inter milites versebantur armatos, quos, sicut angues, mortem inferre posse, non dubium est*<sup>3</sup>.

En otras ocasiones, basándose en un episodio de la vida de Virgilio narrado por sus biógrafos, algunos comentaristas identifican esa serpiente con el centurión Arrio<sup>4</sup>. Así J. Filargirio:

FRIGIDVS *idest aut nocens aut qui in frigore moratur aut natura frigidus aut quod frigidus facit per morsum. ANGVIS id est milites, quibus dati sunt agri, quippe Clodius, qui se crediderat impune habiturum agrum, si Virgilium occidisset*<sup>5</sup>.

Los *Scholia Bernensia* nos ofrecen la misma interpretación:

*Frigidus aut nocens aut quia in frigore moritur aut natura frigidus, aut per morsum frigidus facit. Frigidus anguis, milites quibus agri dati sunt. Frigidus o pueri, et reliqua. Allegorice Claudius, qui putavit se impune agrum Vergilii habiturum, si eum occideret, Aliter: ad eos dicit, qui tunc populati sunt cives suos, ut moderate agerent. Serpentem se dicit*<sup>6</sup>.

3 G. Thilo (ed.), *Servii grammatici qui feruntur in Vergilii Bucolica et Georgica commentarii*, Hildesheim 1961, 41.

4 Así, Donato narra cómo Virgilio tuvo sus diferencias con este centurión, diferencias que llevaron a éste a desenvainar su espada y perseguir a nuestro poeta con intención de matarlo:

*Vergilium merito carminum fretus et amicitia quorundam potentium centurioni Arrio cum obsistere ausus est, ille statim, ut miles, ad gladium manum admovit, cumque se in fugam proripuisset poeta, non prius finis persequendi fuit, quam se in fluvium Vergilius coniecisset atque ita in alteram ripam enatavisset (Vita Vergilii Donatiana, en Vitae Vergilianae, ed. J. Brummer, Stuttgart 1912, 15-16).*

5 *Iunii Philargyrii grammatici explanatio in Bucolica Vergilii*, en H. Hagen (ed.), *Appendix Serviana ceteros praeter Servium et Scholia Bernensia Vergilii commentatores continens*, Hildesheim 1961, 66.

6 H. Hagen (ed.), *Scholia Bernensia ad Vergilii Bucolica atque Georgica*, Hildesheim 1967, 103

En otros casos, este verso recibe una interpretación moral. La presencia de la hierba y de la serpiente, con toda su carga simbólica, colaboran a ello. Debemos tener presente que la hierba, en Virgilio, es símbolo de todo lo vital, de la fertilidad de la naturaleza<sup>7</sup>, y en los autores cristianos la verdura representa los placeres mundanos<sup>8</sup>, de apariencia agradable, pero de efectos deletéreos para el alma, lo cual está representado por la serpiente.

Desde este punto de vista, el significado del aviso del pastor es bien sencillo: los hombres tienen que guardarse del placer, ya que, si bien muestra un aspecto deleitoso, detrás de él se encuentra, acechante, el pecado.

En este sentido interpreta este verso el comentarista español J. L. de la Cerda:

*Putat Ianus Gulielm. lib. I verisim. cap. 123. allusum ad veterum paroemiam vipera est in veprecula. Et eo magis, ait, Virgilius huc respexit, qua fragorum meminit, quae nascuntur in vepretis, citatque Pomponium, qui usus est paroemia. Hactenus ille. Adiungo, quae ipse reperi. [...] Ignatius Martyr Epist. 9. ad Antiochenos: Cavete canes mutos, serpentes in arctum se contrahentes, dracunculos pellium amictu gaudentes, aspides, basiliscos, scorpios. Per haec serpentium nomina intelligit homines improbos Claudius Marius victor. [...] Ego si velis terrere aliquem a vitio luxuriae, a ludo, ab ebrietate, aliisque animorum pestibus, dices proverbialiter: latet anguis in herba; vipera est in veprecula; latet sub lapide scorpius; serpentes se in arctum contrahunt; latent dracones sub ouium pelle; tribuli sunt inter herbas<sup>9</sup>.*

7 Cf. G. Maggiulli, «Erba», *Enciclopedia Virgiliana*, vol. 2, Roma 1985, 357.

8 Una prueba de esta simbología la encontramos en unas palabras de S. Bernardo quien al hablar de la casta viudez de la tórtola (recordemos que ya Aristóteles se refiere a la absoluta continencia sexual de este ave una vez que muere su compañero), señala la renuencia de ésta a posarse en una rama verde, una vez que se queda viuda, como una de las manifestaciones de esa pureza. El santo se sirve de la paronomasia *uirventia - uirulenta* para indicar la relación entre lo verde y lo pecaminoso:

*Cernere enim est turturem tempore suae uiduitatis opus strenue ac infatigabiliter exsequentem. Videas ubique singularem, ubique gementem audias, nec unquam in uiridi ramo residentem prospicies, ut ab eo discas uoluptatum uirventia uelut uirulenta uitare.*

(cit. en M. Bataillon, «La tortolica de Fontefrida y del Cántico Espiritual», en *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid 1964, 151. Subrayado nuestro).

En época contemporánea, aún se sigue relacionando el verde con todo lo voluptuoso (recuérdese la denominación «verde» para referirse a algo con algún contenido erótico, como un chiste o una película).

9 J. L. de la Cerda, *P. Virgilio Maronis Bucolica et Georgica Argumentis, Explicationibus et Notis illustrata a Ioanne Ludouico de la Cerda Toletano*, E. Societate Iesu, 1607, 64.

Este texto es sumamente interesante, ya que revela el carácter tópico de esta frase, a la cual ve como una especie de adagio usado para disuadir a alguien de cualquier tipo de vicios. De hecho, esta expresión de Virgilio la pone al mismo nivel que otras, en las que, por regla general, aparece también el verbo *latere*<sup>10</sup>.

## 2. *Presencia del latet anguis in herba en la literatura barroca*

Lo primero que puede destacarse es la profusión con que se usa ese «adagio» virgiliano, lo cual confirma ese carácter tópico que Cerda confería a éste<sup>11</sup>. El tratamiento de éste responde a la técnica que, sirviéndonos de una metáfora musical, podríamos denominar «tema con variaciones», tanto desde el punto de vista de la forma como el del contenido. En cuanto a la forma, adopta sobre todo dos: el *latet anguis in herba* original, o lo que podríamos llamar *latet anguis in floribus*, en la que se observa la sustitución de la hierba por las flores como lugar donde se esconde la serpiente, merced al rico simbolismo de las especies florales.

En cuanto al contenido de este «adagio», presenta en la mayoría de las ocasiones un claro matiz moral: con él se expresa el engaño que pueden sufrir los sentidos. Debajo de la floresta, de aspecto deleitoso, puede estar agazapado el áspid, preparado para inocular su veneno a aquél que no se percate de su presencia. Así aparece, por ejemplo, en Bocángel. El poeta se refiere a un hombre que, a pesar de conocer el carácter del vicio, sigue cayendo en la tentación por el aspecto deleitoso con el que se presenta éste. En dicho poeta se adopta la forma *latet anguis in floribus*:

«Y no tanto te extrañas, porque ignores  
la condición del vicio ejecutivo,  
que como el áspid se desmiente en flores,  
como por conservar exento y vivo  
el fuero libre del tirano gusto,  
y que un lance no estorbe al sucesivo»<sup>12</sup>.

En otras ocasiones, aparece dicho proverbio usado en este mismo sentido, aunque con una ligera variante: a pesar de que en

10 Este testimonio concuerda con el origen epigramático que, según Scamp, tiene esta expresión. Cf. su artículo «*Latet anguis in herba*», *LEC* 48 (1980) 217-229.

11 La conversión de esta frase en tópico en las literaturas romances la retrotrae D. Alonso al siglo XVI. Cf. *Góngora y el «Polifemo»*, vol. 3, Madrid 1980, 187.

12 G. de Bocángel, *La lira de las Musas*, ed. T. Dadson, Madrid 1985, 178-179.

el deleite puede esconderse el aguijón ponzoñoso del pecado, el hombre tiene que saber mirar más allá para ver la serpiente escondida. Lo que engaña no es la hierba (o las flores), sino que es la ignorancia o la poca voluntad la que llevan al hombre al engaño. Así lo encontramos en el poeta culterano Trillo y Figueroa:

«Iamas engañan las flores,  
puesto que embozado el áspid,  
el cantor infiel embuelua  
en púrpura susurrante»<sup>13</sup>.

La misma idea encontramos en el *Guzmán de Alfarache* en unas reflexiones del pícaro sobre los tipos de males que sobrevienen al hombre. Al hablar de los sufrimientos que tienen su raíz en el hombre, incluye el «adagio» virgiliano al que reiteradamente nos estamos refiriendo:

«Mas, como su divina Majestad envía los trabajos según se sirve y para los fines que sabe, todos encaminados a nuestro mayor bien, si queremos aprovecharnos dellos, por todos le debemos dar gracias, pues son señales que no se olvida de nosotros. A mí me comenzaron a venir y me siguieron, si dar un momento de espacio, desde que comencé a caminar, y así en todas partes nunca me faltaron. Mas no eran éstos de los que Dios envía, sino de los que yo me buscaba.

La diferencia que hay entre unos y otros es que los venidos de la mano de Dios El sabe sacarme dellos, y son los tales minas de oro finísimo, joyas preciosísimas cubiertas con una ligera capa de tierra, que con poco trabajo se pueden descubrir y hallar. Mas los que los hombres toman por sus vicios y deleites son píldoras doradas que, engañando la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado. Son verdes prados llenos de ponzoñosas víboras; piedras al parecer de mucha estima, y debajo están llenas de alacranes, eterna muerte que con breve vida engaña»<sup>14</sup>.

En otras ocasiones, con dicho adagio, si bien el autor no se refiere a un vicio *stricto sensu*, se alude a una situación que puede resultar propicia al pecado. Así, en Góngora, el ocio que, cual serpiente, puede estar emboscado en las flores de la juventud (de

13 F. de Trillo y Figueroa, *Obras de don Francisco de Trillo y Figueroa*, ed. A. Gallego Morell, Madrid 1951, 152.

14 *Guzmán de Alfarache*, I, 1, 3, ed. F. Rico, Barcelona 1983, 149-150.

nuevo, pues, la forma *latet anguis in floribus*). Así amonesta Góngora a un joven en los versos 1-4 del soneto 35 (ed. B. Ciplijauskaité):

«no entre las flores, no, señor don Diego,  
de vuestros años, áspid duerma breve  
el ocio, salamandria más de nieve  
que el vigilante estudio lo es de fuego<sup>15</sup>.

En otras ocasiones, con este adagio algunos autores se refieren a la muerte, ya que, al igual que la serpiente, insidiosa, ataca a personas de toda edad y condición. Así Góngora en un romance dedicado a una muchacha que muere en edad temprana; también en esta composición se observa el cambio de la hierba por las flores, en esta ocasión para expresar la juventud de la doncella a la que ha sorprendido la muerte:

«Moriste, Ninfa bella,  
en edad floreciente,  
que la muerte entre flores  
se esconde cual serpiente»<sup>16</sup>.

De todas las pasiones que, bajo una apariencia deleitosa, pueden acarrear consecuencias funestas, es el amor la que suscita más interés. De esta forma, con dicho proverbio se puede hacer referencia al carácter engañoso del amor que, bajo un aspecto agradable, puede esconder la ponzoña. Con este proverbio se avisa a los amantes de que el amor tiene que fundarse en bases más sólidas que el goce de los sentidos. La apariencia no sólo carece de importancia para el establecimiento de una relación, sino que en ocasiones resulta nocivo concederle excesiva importancia. Así se expresa el poeta aragonés Bartolomé Leonardo de Argensola:

«Sienta vuestra amistad leyes mayores:  
que siempre Amor para el primer veneno  
busca la inadvertencia más sencilla.  
Si astuto el áspid se escondió en lo ameno  
de un campo fértil, ¿quién se maravilla  
que pierdan el crédito sus flores?»<sup>17</sup>

15 *Sonetos completos*, ed. B. Ciplijauskaite, Madrid 1985, 95.

16 L. de Góngora, *Romances*, ed. A. Carreño, Madrid 1982.

17 B. Leonardo de Argensola, *Rimas*, 1 ed. J. M. Bleca, Madrid 1974, 206.

Incluso en ocasiones se sustituye el término metafórico (*anguis*) por el real (amor). Así en el poeta granadino Pedro Soto de Rojas:

«El amor, que en la hierba se escondía...»<sup>18</sup>.

Otras veces este carácter engañoso se encarna en una parte del cuerpo femenino, como puede ser la tez. En estos casos, suele usarse la forma *latet anguis in floribus*, merced a la profusión de elementos florales en la poesía amorosa. Así el ya citado Soto de Rojas, en una de cuyas composiciones pertenecientes al *Desengaño de amor en rimas* se sirve de la rosa y la azucena (formulación garcilasiana del canon renacentista de belleza) para referirse al color de piel del ser amado, debajo de cuya hermosura puede ocultarse la serpiente:

«Huygo, porque entre nieue, y entre rosa,  
sobre tus faldas, sus venenos tiende  
sierpe, si no se ve; que bien se entiende  
sierpe a mi voz de oreja cautelosa»<sup>19</sup>.

No sólo la belleza física resulta engañosa, sino que en ocasiones también lo es la moral. Un carácter afable puede resultar tan tentador como un rostro hermoso y también detrás de él puede ocultarse la serpiente de la crueldad o la indiferencia. Esta idea la encontramos en una composición de la obra anteriormente citada de Soto de Rojas:

«Bien sé, dulce enemiga,  
si te muestras afable,  
que está entre flores la serpiente muda»<sup>20</sup>.

En otras composiciones se observan manifestaciones más explícitas sobre la simbología de este proverbio. Así, Trillo y Figueroa, en el *Epitalamio al himeneo de D. Juan Ruyz de Vergara y Dauila* introduce una innovación con respecto al *latet anguis in herba*: el amor, si bien sigue siendo mortal (se sigue «muriendo de amor», ya no es un áspid, ya que el sacramento del matrimonio, al

18 *Fragmentos de Adonis*, v. 1827, ed. A. Egido, *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos - Fragmentos de Adonis*, Madrid 1981, 214.

19 P. Soto de Rojas, *Desengaño de amor en Rimass*, ap. *Obras de don Pedro Soto de Rojas*, ed. A. Gallego Morell, Madrid 1950, 122.

20 *Desengaño*.... ed. cit., 96.

santificar la relación carnal (expresada mediante la metonimia «tálamo lascivo») ha eliminado la ponzoña del pecado que conllevaría ésta si se produjera fuera del matrimonio. De aquí que, en nuestra opinión, ese *anguis* representa el amor puramente carnal:

«O el talamo lascibo, que entre flores,  
sin ser áspid Amor, mata de Amores»<sup>21</sup>.

En otras ocasiones, esa sierpe expresa, no el carácter engañoso del amor o el carácter lascivo de éste, sino cualquiera de los peligros que acechan la relación amorosa, pudiendo aniquilarla. Tres son, sobre todo, los peligros a los que se refieren los poetas mediante este proverbio:

a) El rigor, que, llevado a límites extremos, puede conducir al amante al deseo de muerte. Así lo expresa Bartolomé Leonardo de Argensola:

«Di que es crueldad; no la dores;  
que la razón no ha de hacer  
ministro al mismo placer  
del mayor de los rigores.  
Como áspid entre las flores,  
nos da la muerte escondida,  
para que asalte la vida,  
cuando en tu gracia inhumana  
se entretiene más humana  
y menos apercebida»<sup>22</sup>.

Frente al tono quejumbroso que expresa Argensola, otros aluden a una muerte gloriosa. Tal es el caso de Trillo y Figueroa:

«No hace el riesgo mas suaue  
aspid que entre flores hiera,  
que antes mas glorioso muere  
quien de lo que muere sabe»<sup>23</sup>.

b) Los celos: éstos, agazapados, acechan la relación amorosa, llegando en ocasiones a emponzoñarla y aniquilarla totalmente. Así en el soneto 63 de Góngora (ed. cit., vv. 3-4), dedicado a los celos:

21 *Obras...*, ed. cit., 313.

22 *Rimas*, I, ed. cit., 29.

23 *Obras...*, ed. cit., 148.



«¡Oh ponzoñosa víbora, escondida  
de verde prado en oloroso seno!»<sup>24</sup>.

c) La inconstancia: así lo encontramos en un poema de Trillo y Figueroa. Este poeta sustituye la hierba virgiliana por el mar, con lo que, a la condición insidiosa de la serpiente, se suma la volubilidad del mar:

«¿Quién puede de entre el piélago inconstante  
oponerse del hado al desacierto  
o de áspid en las ondas encubierto,  
redimir la barquilla fluctuante?»<sup>25</sup>.

El uso de este «adagio» llega a tales extremos, que hay autores que se sirven de él para satirizar el lenguaje latinizado de los poetas culteranos. Hay que tener en cuenta que, si bien la presencia de esta frase supera escuelas poéticas y géneros, son los poetas de la escuela culterana los que lo usan con una profusión especial. De hecho, una mayoría de los ejemplos que incluimos en este trabajo (y no es, por supuesto, una selección intencionada), pertenecen a autores de esta tendencia literaria. Un ejemplo de este uso «satírico» lo encontramos en la *Epístola tercera a Baltasar Elisio de Medinilla* de Lope de Vega, composición de carácter literario, en la que incluye una forma variada de este proverbio para satirizar el estilo culterano:

«De muchas desventuras me preserva:  
a lo menos yo sigo otro camino  
*latentem anguem si conspicio in herba*»<sup>26</sup>.

En otras ocasiones, se usa la frase en cuestión vaciándola de contenido. Un ejemplo es el poema 797 de Quevedo (*Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Madrid 1981, 1130), en el que describe cómo Menga, en un día de sol canicular, se desnuda y se baña. Al percatarse de la presencia de un vejete que la contempla, se asusta y Quevedo la compara con alguien que ve un áspid detrás de las flores.

24 Ed. cit., 128.

25 *Obras...*, ed. cit., 26.

26 *Epístola tercera a Baltasar Elisio de Medinilla*, vv. 37-39, *La Filomena*, *Obras...*, ed. cit., 771. Una inclusión de una cita en latín, con una intención burlesca hacia la poesía culterana, la encontramos en el *Viaje al Parnaso* cervantino, en el que se sirve del famosísimo verso 3 del libro 2 de la *Eneida* (*infandum, regina, iubes renouare dolorem*) para satirizar la introducción de neologismos cultistas por parte de la escuela gongorina: «Sí haré, pues *no es infando lo que iubes*» (o. c., cap. 2, v. 324, ed. V. Gaos, Madrid 1984, 79).

«Volvió los zafiros Menga,  
y reparó en los balajes  
de aquella puente de plata  
de mayos y navidades.  
Quedóse como el que mira  
detrás de la flor un áspid».

Hasta aquí, todo normal. Sin embargo, inmediatamente después introduce un paréntesis en el que nuestro poeta manifiesta, en nuestra opinión, el uso mecánico del «proverbio»:

esto lo digo por Menga,  
quedase como quedase.

### 3. Conclusiones

En nuestra opinión, se ha demostrado el uso mayoritario de esta frase como un adagio mediante el que se intenta *terrere aliquem a animorum pestibus*, como veíamos en el comentario de Cerda. Esta amonestación se basa en la condición engañosa de todo lo que se muestra a los sentidos, lo cual, si bien puede parecer placentero y beneficioso, puede resultar pernicioso. De todas las *animorum pestes* a las que se refiere Cerda en su comentario (*luxuria, ludus, ebrietas*), los autores del XVII se refieren con esta frase sobre todo a la primera, merced a la simbología erótica de la verdura en la literatura cristiana. Mediante este proverbio se avisa a los amadores de la inconveniencia de establecer una relación amorosa fundamentando ésta exclusivamente en lo apariencial (belleza, simpatía, etc.), ya que, debajo de estos «bienes mentirosos», puede ocultarse la serpiente que envenena la relación con la ponzoña de la indiferencia o los celos.

Esta desconfianza en todo lo apariencial es algo propio del Barroco, marcado por el desengaño, palabra-clave en la literatura de esta época (recordemos que este sustantivo forma parte del título de uno de los poemarios amorosos de esta época, el *Desengaño de amor en rimas* de Soto de Rojas).

Estamos, pues, en condiciones de afirmar que, en la mayoría de los casos, esta frase virgiliana que deviene tópico, no es como sucede con otros tópicos, algo convencional, estático y muerto, sino que se convierte en realidad significativa, dinámica y viva que usan los poetas como vehículo para la expresión del desengaño, elemento fundamental en la cosmovisión del hombre barroco.

JOSÉ ANTONIO IZQUIERDO IZQUIERDO  
Universidad de Valladolid